



## 2 cuentos de María Teresa Azuara

mexicana

### EL VUELO

Entre las sombras de la vigilia, el crepúsculo sangraba el cielo. Escurría la sangre hacia el horizonte. Las gotas se desplomaban despacio sobre la infinitud de la línea imaginaria. Perturbado, traté de incorporarme, pero me detuvo una voz masculina, cercana, en el oído: tranquilo, me dijo, poniéndome una mano en el hombro. Una extraña serenidad se adueñó de mí; cerré los ojos abandonándome y extendí mis alas de águila. Su gran envergadura me llenó de orgullo y, sin vacilar, me lancé hacia la cordillera a una velocidad inimaginable. Podía dominar los picos más elevados. Como saeta, el viento helado me traspasaba el pecho. No había hecho conciencia de algo que de pronto se me hizo presente con fuerza: todo el tiempo había estado escuchando la fruición de unos tambores que iba creciendo en intensidad, como si estuvieran allí para celebrar el ritual de mi libertad. Planeaba sobre la fosforescencia cegadora de las montañas: verdes, ocre, negros, amarillos, desfilaban ante mis ojos en un espectáculo que me llenaba de júbilo. Nunca antes había experimentado así una sensación de plenitud. Crucé la cordillera hasta llegar a la línea ensangrentada; al atravesarla sentí cómo el filo del horizonte me cortaba la garganta. Después del grito de dolor, comenzaron a brotar las palabras que habían permanecido tanto tiempo dormidas en los recovecos de mi interior. De pronto me vi abandonando la prisión del

silencio que me había atormentado durante años; ahora podía apropiarme de las palabras, podría tejer con ellas las historias que incontables días y noches me habían dejado sin sueño.

Comencé a volar hacia el fondo de las sombras, hacia aquel punto de la selva donde se habían reunido todos a una hora señalada. Los tambores más cercanos cada vez. Despacio descendí hacia los pies de una gran ceiba y plegando las alas me recosté sobre la frescura de la hierba. Un chamán pronunciaba una plegaria en una lengua que yo no entendía, pero su voz me recordó aquel susurro en mi oído: Tranquilo... Se dirigía a cada uno de los que estábamos a su alrededor para ofrecernos un poco de la amarga pócima que había preparado con cuidado, casi con devoción. Era una bebida sagrada. Nos dio la bendición de los dioses profiriendo otras palabras extrañas que infundían el placer de la paz. Me hice uno con las estrellas de la noche, con el cosmos, uno con el hábitat de la selva. Las palabras continuaron proliferando en mi mente y brotaban en cascada de mi boca para tomar forma en un gran lienzo blanco como la mañana. Fui cayendo en un profundo y plácido sueño.

Abrí los ojos con el canto de una alondra. A mi lado, sobre el rocío de la hierba, un lienzo con caracteres insólitos me sorprendió: tenía como título, El Vuelo.

## LA HIERBERA

“Sólo media cucharadita en una taza de agua caliente, no más. Lo deja reposar un rato y ya verá”. Despacio, con suavidad, se deslizó de la cama para no despertar a Salvador. Sin hacer ruido, bajó a la cocina, sacó de la alacena la bolsa de estraza con las hierbas... “Es una mezcla re fuerte, güerita, con esto se duerme porque se duerme, nunca falla”. Puso el agua a hervir en la estufa y, sin vacilación, le agregó dos cucharadas del té. Era tanto su cansancio. Ya era la tercera noche sin poder conciliar el sueño. Las cuatro de la mañana. Lo supo cuando el vecino puso en marcha su auto como todas las madrugadas. Volvió a la cama con la infusión en la mano, se la fue bebiendo a pequeños sorbos, inspirando los vapores de su aroma parecido al azahar; tenía un sabor dulzón que no le desagradó. Al recostarse cerró los ojos aflojando el cuerpo para esperar el sueño. Una especie de sopor agradable le fue subiendo por el cuerpo. Habrían pasado unos minutos apenas cuando una pesadez de plomo comenzó a apoderarse de su cabeza, de sus brazos, de... Intentó decirle algo, pero movía los labios y no lograba pronunciar una sola palabra. Unos minutos más y cayó presa de una sensación incontrolable, estaba angustiada. Quiso cambiar de posición para que Salvador se diera cuenta de que algo le estaba pasando, pero el movimiento se daba sólo en su mente; el cuerpo no obedecía el mandato. Clavada ahí, boca arriba, pudo alargar una mano para tocarlo, pero fue un movimiento imaginario, porque en realidad había hecho un enorme esfuerzo para desprenderla de su costado y... Necesitaba que la viera, que no la dejara ir, se estaba yendo, pero no se movió ni un ápice. Su ronquido llegó a sus oídos como el sordo motor de un remolque. Seguramente estaría sumido en sus sueños, ignorante de lo que le estaba sucediendo a ella. Un gemido de impotencia se ahogó en su interior. Tampoco podía gritar. Sus labios se abrieron en una mueca para volver a cerrarse sin dejar salir siquiera un leve sonido que pudiera despertarlo.



¡Salvadooor!, imaginó gritarle con desesperación, pero el grito se le fue para adentro, como si se lo tragara, como si se le ahogara en las entrañas.

Al cabo de unos momentos que le parecieron una eternidad, se le desprendió el cuerpo y comenzó a caer en un abismo sin fin. Caía, caía interminablemente en una oscuridad sin fondo. ¡Salvadooor!, y el puño crispado alcanzó a prenderse de la sábana.

Sonaron seis campanadas en el reloj del templo de Teresitas. Salvador se volvió para despertarla, tenían que alistarse para ir a trabajar, pero ella no estaba en su lugar. Lo sorprendió la sábana en el suelo.

En el buró, junto a la cama vacía, vio su taza, también vacía.